



NOTAS



EL TEMA. Sangre y negocios
AY, PAIS, PAIS. Mucho en el debe, poco en el haber
EKONOMIZANDO. Más allá de las vacaciones
EL MUNDO FUE Y SERA. Los enigmas de una revuelta
LA CONVERSACIÓN. LA IMAGINACIÓN AL PODER
UN CACHO DE CULTURA. Con la música a otra parte



LA CONVERSACION

LA IMAGINACIÓN AL PODER

Fabio Sincineto creció en soledad, acompañado por un perro, un gato y la tele, que le regalaba películas apasionantes. No sabía que la mezcla lo iba a convertir en actor, director y mago de la improvisación.

Toda la luminosidad de los vitrales de Las Violetas recae sobre la roja cabellera de Fabio "Mosquito" Sincineto, pero nadie parece inmutarse por su desafiante presencia, dato gratificante para una sociedad que recién ahora está aprendiendo que siempre hubo y habrá diferentes.

Actor, director, especialista en improvisación, maestro, Mosquito mantiene una lucha permanente contra toda forma de intolerancia y ahora acaba de estrenar el show Argentina improvisada Bi-centenario en el teatro Ateneo, mientras que en Noche tras noche (lunes a viernes, de 21 a 23 horas) alborota el avispero de la radio pública, junto a Tom Lupo y Liliana Dauness.

–Dicen que la infancia es la patria del hombre, donde habitan los recuerdos.

–Mi infancia transcurrió en este barrio, y creo que es el barrio de los Sincineto, porque todos los recuerdos de mis tíos, mis abuelos, permanecen en estas calles. Lamentablemente los seres que más amé se fueron rápido de este mundo y no llegué a ser un nieto real. Entonces, desde muy chiquito, empecé a crear entornos con mi imaginación. Fue una infancia muy solitaria, porque tanto mi padre como mi madre laboraban, así que estaba siempre solo en mi casa, con mi gata y con mi perra: ellos eran los protagonistas de las series de TV que creaba a través de dibujos. La chica que me iba a buscar a la escuela me encajaba frente al televisor, después de obligarme a dormir la siesta, pero yo espiaba las películas argentinas que pasaban, y ella me daba un cachetazo. Era una perversa, porque se acostaba al lado mío, pero dejaba la tele prendida. Ahí aprendí a fingir: simulaba que dormía e imaginaba la película a partir del sonido. Y cuando ella se iba recreaba esas películas con mis animales. Mucha soledad.

–¿Fuiste un niño triste?

–No. La tristeza vino después. De chico era superalegre, me encantaba estar solo, dominaba mi casa, amaba a los animales porque eran lo más inmediato, y mentalmente me sentía maduro. Siempre admiré mucho a mis padres y la fortaleza de mi madre, que se hizo sola en la ciudad. Fue peluquera, conoció a mi padre, se amaron mucho. Lo verifiqué cuando murió. Creo que no quería irse para no dejarnos solos. En realidad, mi madre fue mi patria.

–¿Cuándo empezaste a estudiar teatro?

–A los trece años, en el colegio Labardén, en la calle Garay. Fue mi segundo hogar, y ahí encontré mi felicidad. Empecé a conocer más chicos con el mismo "problema" que yo, dedicados al arte, muy creativos, muy imaginativos, también muy autistas, por el miedo a que no nos comprendieran. Ahí encontré pares, y supe que había otros como yo.

–¿Ya habías hecho una elección sexual?

–No del todo. Todavía no lo tenía muy definido: creía en eso del amor, en tener una pareja y amar a una chica. Después fue amar a un chico, aunque siempre lo viví con mucho dolor por el prejuicio de los demás. Estamos hablando de los 70, principios de los 80. No hablaba de mi sexualidad, tenía mucho miedo. Yo empecé a trabajar en el teatro cuando era muy chico, y mis compañeros debían verme muy raro. Eso hacía que no se me acercaran demasiado, y a mí me servía. Me llevaba bien con muy pocos. Los demás eran muy agresivos. Fui a un colegio católico, Tierra Santa, pero la secundaria la viví de una forma terrible, porque estos chicos, al provenir de familias privilegiadas, de una clase media bastante tilinga, maltrataban al diferente. A un compañero mío le pegaban todos los días, como castigo por ser morocho e hijo de un portero. Yo le rogué a mi madre que me sacara de ese colegio, pero no lo entendí, aunque años después me pidió perdón.

–Resististe.

–Aprendí a ser clandestino. Empecé a ratearme: caminaba por Once, me metía en algún bar, con el uniforme. Pero estudiaba mucho, daba las materias, calculaba cuánto tiempo libre me quedaba y falsificaba la firma de mi madre. No era feliz: era como una huida, un escape.

–Así empezó lo de la improvisación.

–En realidad, cuando escuchaba la tele y las películas. Por eso amo el ser argentino y el melodrama. Tita Merello es lo más, por su historia de vida y por lo que llegó a ser. Esos artistas no eran de carne y hueso: para mí eran dioses de un Olimpo que me había inventado, que vivían adentro del televisor, y de ahí miraban el mundo y creaban la belleza. Y yo quería ser parte de ese Olimpo.

–Y estudiaste con Norman Briski.

–Pasaron algunos años entre la escuela y el Labardén, pero Norman llegó en el momento justo. Yo ya trabajaba, hacía películas y TV, pero todo dependía del director, del physique du rol y del casting. Y me daba cuenta de que si no creaba algo por mí mismo, iba muerto. Porque además había un cierto prejuicio contra mí: se pensaba que era adicto a las drogas, por una cuestión de imagen, o que era un chico raro, medio loquito. Y a mí me dolía mucho. Empecé a estudiar improvisación con el francés Claude Bazin y actuación con Norman. Me rompió el cerebro. Además yo fui uno de sus alumnos preferidos, porque veía que tenía cierta locura y la llevaba al escenario. Me decía: "¿Cómo tenés esa voz tan potente en ese cuerpo de mierda?".

–¿Es verdad que te decían señorita? ¿Curtías un look muy afeminado?

–No, era muy andrógino. Lo sufrí mucho: el espejo me devolvía esa imagen de nena. Pelo largo, delgado, cara de púber, entonces me decían señorita, pero cuando me miraban me pedían perdón. O me puteaban o me decían cosas feas.

–Hubo épocas en que la consigna era matar al puto.

–Aún en democracia: culturalmente también se lo mata al puto.

–La televisión tiene mucho que ver porque vende una imagen muy bastardeada del marica.

–Sí. La gran Gianola, esa cosa estereotipada, muy amanerada, que no existe. Es más, cuando me convocaron para hacer un programa en Canal 7, Rodolfo Ranni me lo hizo sentir mucho. Me decía puto, puto. No sé por qué tenía esa saña. Mi experiencia televisiva no fue agradable; me gustaría estar, pero todo llega en la vida. Mi trayectoria es teatral y de cine, donde tuve vivencias muy ricas.

–¿Cuándo te instalaste en El Vitral?

–En el momento de la crisis. Estábamos en el Bauen, que cerraba, y en buena hora fue tomado por sus trabajadores, pero quedamos afuera. Hubo una manifestación de actores en el Congreso, y el administrador de El Vitral, Jorge Guala, me preguntó: "¿Cuándo vas a venir a mi teatro?". Y me abrió las puertas inmediatamente. Hace diez años que estoy, pero ahora hay una oportunidad de pasar al teatro Los Ángeles.

–Mientras tanto estás en el teatro con Argentina improvisada Bi-centenario.

–Sí. El embrión de ese espectáculo lo hicimos para las Abuelas de Plaza de Mayo, y tuvo su primer estreno en Caras y Caretas. Ahora lo transformé, le sumé pantalla, agregué marcos históricos y los protagonistas son los que nunca aparecieron en la historia oficial.

–¿Lo de "bi" es intencional?

–Nuestra sexualidad también está presente. No aparecen San Martín, Belgrano o Moreno, sino el soldado que cruzó los Andes, los esclavos, los originarios. Yo dirijo y actúo. Cada noche se suceden cuatro historias, el público lee una guía y elige el final.

–Sos un militante por la diversidad.

–Desde chico me nace eso de involucrarme socialmente, gracias a mi familia, que siempre se manifestó, a la militancia de mi hermano y la persecución que de algún modo sufrió, y a la actitud de mi madre, que pese a estar sola pudo avanzar. Y a la solidaridad de mi padre: nada de egoísmo, tiene 87 años y es un ángel. Mi madre también lo era, pero del dolor, y mi padre era el pañuelo de ese dolor. La cubría, la protegía.

–¿No sentís que esa militancia provoca cierta rispidez?

–Problema del otro, yo estoy para avanzar, y más con este gobierno al cual apoyo de pies a cabeza. No lo oculto: es más, en las peores épocas lo defendía y eso me valía miradas y puteadas en contra, y no me importaba. Incluso recuerdo la época de la crisis, con la Carrió, con Patricia Walsh, pero los mejores discursos eran los de Cristina senadora. Los de la Carrió también, pero esa mujer me engañó: en 2003 la voté, y hoy para mí es la mayor traidora de la historia política argentina. Yo estaba peleado con el peronismo porque había vendido al país. Es más, a Menem lo quería estrangular. Estábamos en Plaza de Mayo y yo decía: "Venamos chicos, vamos por la cabeza de estos, vamos por una revolución real, colguémoslos". Y a De la Rúa también. El día que asumió Kirchner, cuando lo vi, pensé "es este". Y mi padre y yo nos convertimos en los peronistas de la familia, toda radicheta. Igual nos quieren, pero no lo pueden entender. Defendemos a Cristina, ella es el puente para llegar a ese país solidario, de inclusión, con el que soñamos.

–Estás incursionando en la historia, un relato violento si las hay.

–Yo no estoy tan enojado con ese momento de la historia como con el de Menem. Con el peronismo de los 70, en que hubo tanta violencia, sólo estoy indignado con los asesinos que mataron a toda esa juventud que era bárbara.

–Están los que quieren a Videla y los que no, como dice Eduardo Duhalde.

–No se la quiere a esa gente. Es como querer a Hitler. Hay quien dice que Videla está viejo, pero bueno, que esté preso. Todavía tiene mucha maldad adentro.

–Pero la sociedad está cambiando.

–Es cierto que esta sociedad empezó a crecer y a cambiar su discurso, porque el que compra Clarín se empezó a dar cuenta de que hay otros discursos que nacen de la propia necesidad del ser humano, y hay una juventud que empezó a militar. Yo creo que los dudosos van a empezar a transitar un terreno nuevo. Ojalá.

–¿Has tenido amores de los que marcan para siempre?

–A Dios gracias. Lamentablemente no fueron amores en los que puedo estar con la cabeza. No lo oculto: es más, en las peores épocas lo defendía y eso me valía miradas y puteadas en contra, y no me importaba. Incluso recuerdo la época de la crisis, con la Carrió, con Patricia Walsh, pero los mejores discursos eran los de Cristina senadora. Los de la Carrió también, pero esa mujer me engañó: en 2003 la voté, y hoy para mí es la mayor traidora de la historia política argentina. Yo estaba peleado con el peronismo porque había vendido al país. Es más, a Menem lo quería estrangular. Estábamos en Plaza de Mayo y yo decía: "Venamos chicos, vamos por la cabeza de estos, vamos por una revolución real, colguémoslos". Y a De la Rúa también. El día que asumió Kirchner, cuando lo vi, pensé "es este". Y mi padre y yo nos convertimos en los peronistas de la familia, toda radicheta. Igual nos quieren, pero no lo pueden entender. Defendemos a Cristina, ella es el puente para llegar a ese país solidario, de inclusión, con el que soñamos.

–¿Eras soberbio?

–Es la autosuficiencia del que se hizo solo y cree que puede seguir haciéndolo. Y hay que tratar de estar con los demás.

–¿Alguna vez pensaste en adoptar un niño?

–Sí, apareció el reloj biológico que dice "ser padre, ser padre". Y en eso estoy, armando una casa, donde además de estar cómodo yo, también lo esté la gente que venga. Empecé a comprar muebles, ya viví en muchas casas sin muebles.

–¿Te hace daño la mirada prejuiciosa?

–Me causa gracia. La vez la de algún joven me haga daño o que me gritan algo muy feo. Cuando veo que es un joven digo: "que raro, qué lástima". La del adulto ya no me importa. A veces respondo, pero es una zona peligrosa porque puedo llegar a crear un momento de tensión y de violencia.

–¿Podés llegar a ser violento?

–Sí, pero me controlo, porque soy un ser social. Briski una vez dijo que le agradeciera al teatro porque si no podría haber terminado preso. Me encanta ser útil. Ceder el lugar para dárselo al otro me parece genial, el ego ahí no aparece. Los artistas somos tan egocéntricos que nos olvidamos de algo primordial: aprender a bancar al semejante.

Cristina Zuker

SUBIR

